

## Martha Sierra y Javier Rivera

*Incansables compañeros de lucha de Salvador Nava desde 1958 hasta 1992. Testigos privilegiados de una historia de dignidad, de la cual ellos mismos fueron constructores, como lo fueron muchos potosinos que entregaron parte de su vida por tener el derecho ciudadano de decidir en los asuntos públicos de su interés.*

Salvador Nava Martínez fue un hombre que nació en San Luis Potosí y dedicó su vida al servicio de los potosinos. Fue médico de profesión, aunque el mismo se autonóbraba “médico de pueblo”. La definición corresponde perfectamente con la función que desempeñó en nuestra sociedad, porque efectivamente fue un médico de pueblo, porque supo aliviar las dolencias de dignidad que este pueblo tuvo.

Su prestigio tenía dos fuentes: la que se relacionaba propiamente con su profesión de médico oftalmólogo y la que se construyó como político honesto. La segunda se forjó porque hizo política de la mano del pueblo, de su pueblo. Sus orígenes como político se remontan a los años cincuenta, cuando después de una breve militancia en el PRI se dio cuenta de que este partido no escuchaba la gente, y él no estaba dispuesto a solapar la sordera de un partido que debía de responder a los intereses del pueblo, por lo que decidió renunciar para nunca más volver.

De hecho, los motivos de su salida del partido los expuso públicamente diciendo: “Renuncio a este partido, porque no supieron cumplir con el pueblo, y porque no hicieron oído a

sus exigencias.” En ese momento, a la vista de todos, rompió su credencial como militante del partido y selló su salida para siempre. El hecho fue sin duda significativo, porque dio claras muestras de dignidad y valentía, sobre todo considerando que el partido en ese tiempo era prácticamente el único en nuestro sistema, y los gobernadores se constituían en verdaderos señores de la horca y el cuchillo, de tal forma que romper con el partido de Estado significaba romper con parte del sistema. Sin embargo, su decisión le permitió estrechar su relación con el pueblo, sellar un compromiso que con el paso del tiempo se fue fortaleciendo aún más. Ésta es la respuesta a la interrogante de por qué lo seguía la gente, y por qué lo sigue hasta la fecha, a pesar de que tiene más de dieciséis años que falleció.

Pero afirmamos que el pueblo lo sigue porque a pesar de que ya no está físicamente con nosotros su presencia sigue latente en San Luis Potosí, porque aunque ya no hay movilizaciones en las calles sigue vigente su ejemplo de vida, la que inculcó en muchos potosinos, aquella que tenía en la dignidad, el respeto, la honradez, la honestidad y el compromiso con las causas de todos, una forma de vida.

Su forma de tratar a todas las personas siempre fue la misma: tolerante y atento, independientemente del nivel socioeconómico y cargo de la persona que tratara con él. A todos atendía de maravilla —a quienes estuvimos junto a él nos enseñó el arte de tratar a las personas—. Cuando llegaban sus pacientes al consultorio, aquejados por alguna molestia de los ojos, él siempre los escuchaba no obstante la hora que fuera, porque para él las personas eran las más importantes, independientemente de que no tuvieran para pagarle, o que tuvieran en abundancia, y libremente del número de personas que estuvieran esperándole, él siempre tenía tiempo para todos.

Su forma de comportarse era igual en todos los ámbitos, aun en la política, porque cuando llegaban al consultorio las personas que querían tratar asuntos políticos con él, se anotaban en una lista, como si fueran pacientes, y conforme habían llegado el doctor los pasaba, platicaba con ellos, recogía sus impresiones y necesidades, lo que sin duda generaba en quienes lo visitaban una buena impresión hacia el doctor, porque se sentían respaldadas, escuchadas. Podemos decir que esa actitud explica su habilidad para conectarse con el pueblo y mantener una comunión interminable con todos, pobres y ricos.

Sin duda, podemos decir que en San Luis Potosí nos tocó el privilegio de tener a una persona como el doctor Salvador, porque fuimos testigos privilegiados, y coparticipes en su incansable lucha por la vida, por la dignidad y la democracia, pues durante todo el tiempo que estuvimos cerca de él siempre fue igual, desde 1957 hasta su partida en 1992. Lo conocimos entre 1957 y 1958.

*Martha en 1957, cuando comenzó a trabajar con él en su consultorio. Javier lo conoció en 1958, cuando asistía por las noches a sus mítines en algunas de las plazas públicas de la ciudad.*

De hecho, una de esas concentraciones fue la que se desarrolló el 20 de noviembre, cuando le lanzaron huevos al gobernador en turno, Manuel Álvarez, en el momento en el que iba pasando el Ejército. Los militares iban haciendo gimnasia, y en el momento de la lluvia de huevos los soldados empezaron a golpear a la gente. Se puede decir que, al menos para nosotros, ese día empezó propiamente el navismo.

En ese año de 1958 el doctor Nava, después de una intensa lucha electoral, se convirtió en el primer presidente municipal opositor en el país que le ganó al PRI unos comicios. Cabe

insistir que el merito de la victoria no era poca cosa, sobre todo considerando que en ese tiempo el que se oponía al Revolucionario Institucional estaba casi firmando su sentencia de muerte, o al menos a ser condenado a enfrentar la peor de las persecuciones.

*Pero fue en 1961 cuando Javier participó plenamente en la campaña que emprendió el doctor Nava por la gubernatura del estado. En ese entonces las reuniones de organización de la campaña eran en las oficinas que tenía el navismo en la esquina de Carranza y Uresti, en el centro de la ciudad, y en una de esas asambleas se realizó la elección del Comité Juvenil navista, de la cual Javier resultó electo presidente.*

Sí, fue una elección en la que participamos cerca de 300 muchachos, todos más o menos de la misma edad, de entre los 19 y 25 años, aunque había uno que otro viejo que le gustaba la actividad juvenil; sin embargo, la gran mayoría eran jóvenes con ilusiones de cambio.

Después de la elección en la que resulté electo platicué con el doctor Salvador, y me pidió un programa de actividades, el cual, al ser aprobado, nos permitió realizar una serie de actividades para acercar el mensaje del doctor Nava a mucha gente. Fue un intenso trabajo, porque nos correspondía organizar las concentraciones, montar los escenarios, hacer la promoción del mítin en las calles aledañas a las concentraciones y organizar las porras. Ésa fue la forma en la que me integré a las actividades políticas juveniles, que en esos años era una tarea peligrosa porque el gobierno estaba al accho de quienes participábamos en la organización de la campaña, y era común que detuvieran y golpearan a algunos de los seguidores del doctor sin razón alguna.

A pesar de los riesgos que implicaba trabajar directamente con el doctor Nava, jamás dudé en hacer lo que hice; nunca pensé que era peligroso repartir volantes, invitar a la gente a votar por el doctor. Aunque debo decir que mis familiares siempre estaban preocupados por lo que pudiera pasarme; me llegaron a sugerir que no interviniera más en la campaña, porque estaban seguros que algo me iba a pasar, que quizá me golpearían, que me arrestarían...

Sin embargo, nunca tomé en serio esos consejos, a pesar de que algunos sacerdotes católicos amigos de la familia me insistían que abandonara mis actividades políticas con el navismo, pero no dejé la campaña porque estaba convencido que era positivo lo que hacíamos, que era justa y necesaria nuestra lucha porque sólo de esa forma el país y San Luis Potosí podían cambiar.

Todos los que estuvimos en su movimiento teníamos un aliciente muy importante para continuar en la lucha que habíamos emprendido, y era la respuesta tan positiva que el pueblo nos había dado, pues se habían integrado muchas personas al llamado del doctor, como señoras, jovencitas, trabajadores, obreros, pequeños empresarios, profesores y estudiantes, lo que convirtió al movimiento en una gran fuerza ciudadana.

Había un gran interés de parte de todos los ciudadanos potosinos por conocer qué pasaba en el movimiento, cómo se desarrollaba la lucha en otros lugares, motivo por el cual nos dimos a la tarea de desarrollar diferentes formas de comunicación, que iban desde la transmisión de información de voz en voz y la entrega de volantes, hasta la edición de un pequeño periódico: *Tribuna*.

Pero si bien es cierto que teníamos éxito en nuestro movimiento por la gran cantidad de personas que se fueron sumando, eso no nos protegió de la represión del gobierno, de la cual incluso

fue víctima el propio doctor Nava y muchos otros. Al doctor lo sacaron de su casa una noche y se lo llevaron al Campo Militar número Uno, hecho que sin duda nos enardeció, pero a su vez nos hizo sentir impotentes, débiles, indefensos, porque como decía el doctor, “No soy yo, son ustedes”, y por tanto su detención también fue nuestra detención.

Sin embargo, pese a lo delicado de su secuestro, su esposa, doña Conchita, nunca perdió la compostura; nos decía que no nos preocupáramos, y siempre nos dio mucho ánimo, y nos pedía que se lo transmitiéramos a la gente que iba a preguntar por el doctor a la casa de campaña o a su consultorio.

*A Martha la detuvieron algunos días después del arresto del doctor Nava en 1961.*

Recuerdo que ese día salíamos del consultorio del doctor mis compañeras y yo; íbamos por la plaza de armas cuando pasó la esposa del general Zuno Hernández: iba en un vehículo acompañada de algunos soldados que le servían de escolta, y como ella y el general visitaban en algunas ocasiones al doctor se me hizo fácil saludarla con el símbolo de nuestra lucha —la V de la victoria—; sin embargo, lo interpretó como una ofensa de mi parte, lo que provocó que los soldados me siguieran para detenerme, cosa que en ese momento no lograron porque me les perdí y alcancé a llegar a mi casa, pero posteriormente, a los tres días, un grupo de militares me fue a buscar a casa para detenerme bajo los cargos de ofensa a la esposa del general. Ella argumentó que yo la había ofendido.

Me detuvieron un sábado para tenerme en la cárcel de Charco hasta el martes, cuando el licenciado Aranda fue a tramitar mi liberación. Recuerdo que mi padre estaba enfermo, y para

no generarle una preocupación adicional mi hermano había ofrecido quedarse en mi lugar, lo que claro fue rechazado. Con mi arresto, sí sentí un poco de miedo, pero no mucho, sobre todo porque mi conciencia estaba tranquila, y porque muchas personas me habían estado visitando, entre ellos don José Betancourt; pero además me servía de estímulo el saber no era la única, y me reconfortaba el estar convencida de que nuestra sola falta era ser parte de un movimiento ciudadano que buscaba justicia.

La lista de detenidos era amplia, comenzando por el propio doctor, a quien habían golpeado en la cárcel, el ingeniero Morelos Zaragoza, el doctor Benavente, el señor José I. Hernández, quien también fue golpeado brutalmente.

Cuando el doctor salió de la cárcel llegó como un triunfador a San Luis. Su pueblo lo recibió con los brazos abiertos: fue un recibimiento apoteótico; y por donde pasaba la caravana que lo escoltaba, la gente salía a saludarlo, a brindarle su adhesión, su cariño. Eso sin duda lo marcó, porque su pueblo se le entregó como pocas veces se ha visto que un pueblo se le entrega a un líder, y bueno él seguramente nunca lo olvidó. De hecho, ese día al llegar al jardín de Tequis dijo algo que ha quedado grabado en la memoria de este pueblo: “Ni yo ni mis hijos ni los hijos de mis hijos, le van a pagar a este pueblo lo que me están demostrando, lo que han hecho por mí, porque no lo merezco.”

El doctor Salvador Nava era un demócrata, y eso su pueblo se lo reconocía con creces, porque para él la democracia se traducían en el derecho que tenía el pueblo de gozar de los grandes valores sociales, como la paz, la justicia, la equidad y la libertad de elegir a sus gobernantes, y por supuesto que éstos siguieran el mandato de la sociedad.

Su concepción democrática la llevó a la práctica en todos los ámbitos de su vida, incluso cuando fue presidente municipal. Muestra de ello es que decidió fundar las Juntas de Mejoras, porque pensaba que podían ser la mejor forma que tendrían los ciudadanos para definir las obras que se realizarían en sus colonias y comunidades.

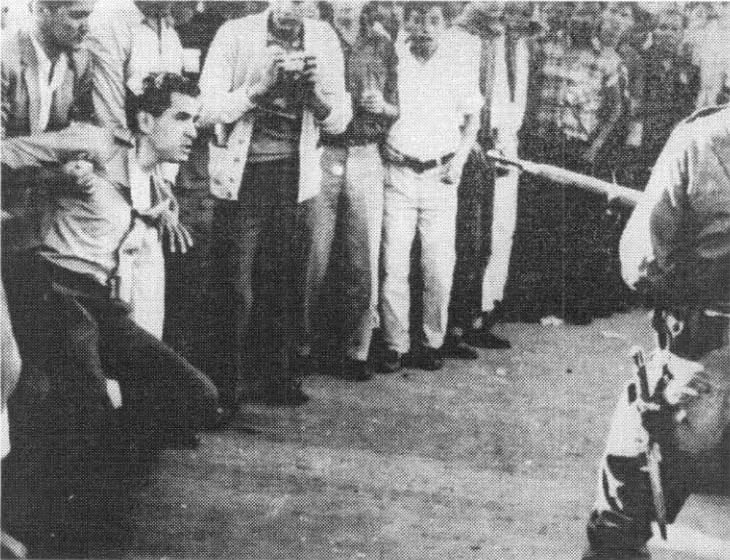
Javier se hizo cargo de esa tarea, porque para el doctor Nava las Juntas de Mejoras eran la columna vertebral de su gobierno, y valoró que Javier pudiera guiar ese proceso que permitiría al ayuntamiento ir de la mano de la gente, del pueblo.

Podemos decir que entre los legados que deja el navismo a San Luis Potosí y México están los múltiples ejemplos de dignidad, y por supuesto el mensaje de que las elecciones deben de ser respetadas. Nosotros nos quedamos con lo que dijo cuando se despidió: “No soy yo, son ustedes, y por ello son los que tienen que luchar por el bienestar, porque vale más un pueblo digno y no un pueblo arrodillado.” Ése es el principal mensaje que nos dejó el doctor Nava, no dejar de luchar por la dignidad, y hoy más que nunca debemos recordar por qué estamos perdiendo la dignidad, por qué estamos dejando que los gobernantes nos apabullen, nos digan que todo está bien, siendo que en realidad no es así.

Finalmente, debemos de insistir en que el navismo no está muerto, porque aún quedan personas que tienen presente el movimiento, sus causas y sus objetivos. Tal como se refiere en la canción que solían poner en los altavoces en las concentraciones del doctor Nava, que para nosotros era un himno, Nabucco. Podemos decir que el gigante está dormido... pero puede despertar en cualquier momento.



Navistas, 1961.



Navistas, 1961.

Los pasos de Salvador Nava Martínez



Ejército, 1961.



Navistas, 1961.